

Juan María Parent Jacquemin
El hombre Descartes en sus Meditaciones
Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 2, julio-octubre, 2005, pp. 118-124,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412202>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El hombre Descartes en sus *Meditaciones*

Juan María Parent Jacquemin*

Recepción: 15 de febrero de 2005

Aceptación: 7 de marzo de 2005

* Centro de Estudios de la Universidad,
Universidad Autónoma del Estado de México.
Correo electrónico: juanparent@hotmail.com

Resumen. Descartes, filósofo racionalista, deja la impresión, cuando se siguen sus escritos fijando la atención en sus reflexiones, de ser exclusivamente racional y de ahí un juicio sobre la frialdad de este filósofo. La intención de este escrito reside en la búsqueda de la otra faceta que podemos esperar de todos los hombres: su dimensión emocional. Así surge otro René Descartes que no se deja guiar en su vida común por la sola razón, sino que es un hombre plenamente tal, hecho de sentimientos y de contradicciones, que se revela así en los mismos escritos aparentemente de alta abstracción como pueden ser precisamente unas "Meditaciones metafísicas"

Palabras clave: expresiones lingüísticas, Descartes y *Meditaciones*.

Descartes, the man, in his meditations.

Abstract. Authors generally disappear behind their writings and their lives do not confirm the ideas expressed in their formal texts.

Descartes, the rationalistic philosopher, leaves the impression in his writings that he is solely rational and thus gives rise to the judgment of coldness associated with his philosophy. The intention of this work is to look for another facet of Descartes in his writings – his emotional dimension. Our search will uncover another Descartes full of sentiments and contradictions, who will reveal himself as such through *Meditations* that appear to be solely concerned with the realm of Metaphysics. Our analysis will show that René Descartes was a man with the same problems and doubts as his readers.

Key words: linguistic expressions, Descartes and *Meditations*.

Introducción

El cartesianismo es ciertamente más que una corriente filosófica. No sólo los defensores de la teoría de Descartes sino también sus adversarios entran en esta categoría. No hay que olvidar además que toda una cultura, toda una disciplina del pensar está marcada por la quintaesencia del pensamiento filosófico que nos ocupa.

La cultura francesa se considera influida y hasta sellada por el espíritu cartesiano, hecho en este caso de una lógica

intransigente. La rigidez mental que refleja este proceder de la mente se ha explicado por el origen de una dicotomía entre cuerpo y alma en la filosofía de Descartes.

El espíritu liberado de las pasiones del cuerpo puede más ágilmente dedicarse a la disección de los pensamientos o de los hechos y delimitar con toda claridad las causas y las consecuencias, los principios y los fines, los absolutos y los relativos. Una persona que tuviera una mente con estas características sufriría una frialdad poco concebible y sin embargo existente. En todos los casos, intolerable para su alrededor.

La inquietud que sostiene este trabajo es detectar en el autor de las *Meditaciones metafísicas* al hombre, más allá de sus expresiones filosóficas y de su método. Algunos preguntan si Descartes es un filósofo enmascarado que oculta su verdadero pensamiento. Sin caer en este extremo, me ubicaría sin embargo –esta es la hipótesis del trabajo– entre aquellos que no aceptan a Descartes como aparece en sus escritos, sino a otro ser muy distinto y en realidad mucho más rico como hombre completo.

La obra que nos ocupa fue escrita cuando su autor tenía 45 años de edad, ya en la madurez de su pensamiento; “pienso que estoy en las mejores condiciones para ello,” afirma después de haber conocido muchas dificultades que lo han moldeado en su forma interior. Además, este texto es el más apreciado por él mismo, lo que le da un valor particular en cuanto es más expresión de sí.

Por disciplina me limitaré a esta obra sin referirme siquiera a otro pensamiento escrito por él. Reflejará por consiguiente la imagen de un hombre en un momento dado, con toda la riqueza del instante y todas las limitaciones de un tiempo corto en la obra total. El reto merece ser enfrentado y el riesgo ser corrido.

No obstante, ya que esta obra es particularmente querida por su autor, considero que mucho de sí ha proyectado en ella, y las correcciones hechas aportan más precisión y definen lo que él es.

Finalmente la escenificación de su método es magistral en las *Meditaciones* y nos interesa particularmente un análisis filosófico de lo más significativo.

1. Notas sobre algunas características de su vida

La estancia de Descartes en La Flèche, como para todos los que han atravesado la educación jesuita, debe ser considerada como elemento definitorio de su personalidad. La disciplina, primeramente, y la dedicación a la élite intelectual (y socioeconómica) de los reverendos padres imprimen en sus alumnos rasgos de superioridad muchas veces reales, algunas fingidos.

En 1640 se publica, en forma póstuma, el *Augustinus* de Jansenius; era normal que bajo la influencia poderosa de su autor, debía prevalecer el intelecto contra la *sarx*. Descartes recibía este influjo como todos los pensantes de la época, más aún siendo como fue, católico practicante.

El entendimiento es considerado como la perfección del hombre: “nunca encontramos error en él”. Así se plasma la primera definición de las bases de los raciocinios cartesianos.

No debemos olvidar, en honor a la verdad, que de todos modos los padres de la Compañía lo repudiaron más tarde, de acuerdo con su postura de obediencia a la Iglesia católica que pondría las obras de Descartes en el índice de los libros prohibidos.

Otra influencia por considerarse es la de Bacon. En forma de rebote, el método inductivo del filósofo inglés es contrarrestado por Descartes que, aunque acepte la inducción de las ideas

claras, de todos modos de mayor importancia, todo el desarrollo de su elaboración mental es a la deducción. Probablemente, en respuesta a un método y para marcar más decididamente la distancia, nuestro filósofo exagera la estricta deducción fríamente discriminatoria de las sombras producidas por las otras facultades.

Port-Royal recogerá luego el método, y su lógica es la que produjo el monstruo de orgullo que la historia da a conocer. Port-Royal siguió el método de Descartes. Por sus frutos han sido juzgados.

Estos pocos datos de *sitz im Leben* nos previenen, tal vez nos ayuden a comprender más plenamente la personalidad verdadera de quien nos interesa.

Una nota aclaratoria sobre el método seguido en este trabajo: el estudio consiste en la lectura del texto agrupado en una sección sobre todo lo que está a favor de la opinión primera, a saber, un Descartes frío, secamente intelectual, negador de las facultades sensibles del hombre, lógico hasta el aplastamiento. Una segunda parte recogerá los elementos que muestran cómo ciertas confusiones del autor revelan otra personalidad que no puede ser ocultada ni siquiera detrás de un método.

2. Primera parte

2.1. Donde Descartes da al intelecto la primacía sobre cualquier otra facultad

El entendimiento es considerado como la perfección del hombre: “nunca encontramos error en él”. Así se plasma la primera definición de las bases de los raciocinios cartesianos.

La distinción entre sustancia pensante y sustancia extensa es, en parte, la causa de esta orientación. Esta manera de dividir la creación le parece a Descartes científicamente fecunda. Es más, a partir de allí conformará su doctrina del hombre, su psicología. Aquí topamos con lo que Pascal calificaba de pensamiento geométrico. Esta ciencia nacida de

una total separación entre las partes ha producido la técnica que hoy destruye –lo lamentamos demasiado tarde– precisamente al hombre, origen de esta definición.

Facultad mayor, la inteligencia es dueña y señora. Estamos frente a la autoridad máxima y hasta exclusiva en el ser humano. Dirá en su primera meditación: “mis ideas tienen derecho de ocupar mi inteligencia contra mi voluntad”. Más aún, define la propia existencia a partir de la acción del intelecto: “no podrá hacer que yo no sea en tanto piense ser alguna cosa” y “yo existo, pero ¿cuánto tiempo? El tiempo que pienso”. No sólo sale del pensar sino que se mide tomando el pensar como referencia. Conviene desde ahora indicar cuán poco seguro es este punto de vista.

Sabemos que el tiempo objetivo no existe, sólo en la abstracción. Pero la abstracción no es el vivir sino sólo una actividad humana. Por otra parte, el tiempo de la mente es de otra naturaleza que el tiempo de las otras facultades.

Por consiguiente y regresando al punto de partida, el fruto de la inteligencia, superior a todas las demás facultades, tiene características iguales: “las ideas que concebimos muy clara y distintamente son todas ellas verdaderas,” afirmará en su cuarta meditación.

2.1. La inteligencia se opone a los sentidos

Las ideas claras son la base de una reflexión valiosa. A partir de ellas y solamente así puede llegarse a la verdad, o tal vez (?) a la Verdad. La intervención de las otras facultades sólo produce confusión.

El cuerpo en general es obstáculo: “que los relativos al cuerpo casi no merecen la pena de tenerse en cuenta”. El pensador llegará a un mayor conocimiento si se encierra en la mente y niega la existencia a los sentidos.

Esta posición es tendenciosa, y solamente si estamos en el caso de un método, tal vez podamos aceptarla, aunque pueda conducir a conclusiones erróneas. “Ya he negado que yo tengo cuerpo y sentidos”. Por oposición, jamás vemos que niegue la inteligencia, recibida como certeza primera. La necesidad del cuerpo como puente entre la existencia en su totalidad y el pensamiento elaborado no se considera; todo el esfuerzo se reduce a lo que podríamos llamar, aunque no lo haga Descartes en estos términos, el meollo, el núcleo, el centro activo de toda vida humana. El orgullo de la mente artificialmente aséptica llega a afirmar: “las pasiones no han dejado en mí su huella profunda y funesta”.

Finalmente la memoria, facultad menor si las hay, se vuelve simple receptáculo para las emanaciones de la inteligencia cuando dice: “imprimir [el pensamiento] tan fuertemente en la memoria que siempre me acuerde de él...” (cuarta meditación).

2.2. Donde Descartes rebaja el cuerpo y los sentidos

El filósofo no se contenta con enaltecer la inteligencia y su facultad de pensar, sino que para confirmar más plenamente su opinión y para que nadie dude de su peculiar modo de ver la composición del hombre, niega a los sentidos todo valor posible. Podríamos hablar hasta de antivalor del cuerpo. “Algunas veces he experimentado que los sentidos engañan [...] ya no debo fiarme en los sentidos”. La confianza sólo está en la exactitud, por ejemplo de las matemáticas: “la aritmética, la geometría y las otras ciencias análogas [...] contienen algo cierto e indudable”, pero completa su opinión: “la física, la astronomía, la medicina [...] son muy dudosas e inciertas” (primera meditación). Para no dejar escapar el sentido exacto de su pensamiento expresado de un modo imperfecto en la primera sentencia –“algo cierto”–, recalca en la segunda que las otras ciencias son muy dudosas.

Descartes desconfía de la complejidad. Las relaciones humanas y todo lo conexo son de temer, o al menos no deben ser consideradas para el filósofo en su búsqueda de la verdad.

Además, no repara en la enormidad del error en el que vivía como hombre religioso que era. Para el pensamiento jansenista, la materia, el cuerpo, los sentidos son la cárcel del alma. Descartes toma para sí estas opiniones; afirma: “en esta materia en la que estoy encerrado” (tercera meditación) sus padres dejaron algo propio. Estamos aquí al borde de un maniqueísmo que finalmente acabaría con cualquier aparente validez del pensamiento global.

Para conseguir el fruto de sus lucubraciones necesita por consiguiente poner distancia entre su cuerpo y su espíritu. “He llegado a habituarme a separar mi espíritu de los sentidos” (cuarta meditación). Una vez más podemos aplicar el calificativo de monstruosa a esta posición, que es la negación total y absoluta del hombre. El filósofo que para dedicarse a la elaboración mental debe negar parte de sí, o más exactamente trabajar sobre una indefinición de sí, no podrá concebir sino mecanismos destructores de sí. Precisamente es este el objeto de la reflexión: hombres educados en tal escuela dejan de serlo y producen la represión necesaria para alcanzar la meta apuntada. Los frutos del cartesianismo, doctrina filosófica, y cierto cartesianismo ambiente han producido seres humanos que hoy requieren los aportes de la psicología de la profundidad y de la ayuda de Freud para volver a emerger en la corriente vital de la que se apartan tomando aparentemente cierta distancia de los acontecimientos y de las personas.

No adelantemos nuestra reflexión. Las primeras observaciones hechas sobre la actitud que no puede reducirse a

simple metodología, y eso es más grave aún, que Descartes ha elegido, confirman que algunos principios sobre los que basa su elaboración no son aceptables.

2.2.1. *La separación entre cuerpo y espíritu es radical*

He aquí el meollo de la reflexión. Descartes apunta sin la menor duda: “mi alma, por la cual soy lo que soy, es completa y verdaderamente distinta de mi cuerpo, y puede ser o existir sin él” (sexta meditación). El comentario podría extenderse hasta los muchos volúmenes que han apoyado o que han atacado esta aseveración. Me limitaré sólo a dos aspectos que representan el centro de la inquietud que guía esta relectura. La distinción entre alma y cuerpo no es exactamente lo mismo que la separación. Sin embargo, en otros textos hemos visto cómo el filósofo llega a poner en dos situaciones totalmente alejadas las operaciones del cuerpo y las del alma. Notemos pues desde ahora – lo haremos más ampliamente adelante– que los términos se usan en dos sentidos según el contexto o las necesidades de las demostraciones. Además, sobre este mismo punto podemos aportar el fruto de los estudios actuales y aclarar que la distinción entre materia y espíritu es cada vez más difícil de precisar. ¿Qué es la energía? ¿Qué se entiende por concentración de ella? ¿En qué forma se encuentra en el cosmos? Varias preguntas de las muchas que ponen a un lado la afirmación dualista de Descartes, tan próxima al maniqueísmo y cuyos efectos en la educación y la cultura francesas han sido nefandos.

En segundo lugar, la conclusión, sin premisas claras, de la inmortalidad del alma, es muy apresurada. Aunque aceptemos la distinción entre cuerpo y alma (pero ¿de qué cuerpo se habla?), nos es difícil inferir la supervivencia aislada del espíritu.

Finalmente, calificar el alma de esencial en oposición al cuerpo, que se vuelve por consiguiente accidente, es caer en un angelismo aceptable y tal vez bendito por el jansenismo y su puritanismo, pero totalmente negado por nuestra cultura más existencial.

2.3. *Donde Descartes necesita a Dios para proseguir*

Como era de esperar, encontrándose absolutamente solo en la frialdad del intelecto desconocido de su ser, abstraído de su vivir, el pensador necesita recurrir a alguna otra fuente de vitalidad. Para el hombre Descartes, ya no el filósofo, y para el católico ferviente, la fuente necesaria y hacia la que sin titubeo corre es Dios. Pero ya no el

Nuestra visión de hoy debe delimitar claramente hasta donde este pensamiento elaborado en el siglo XVII tiene vigencia en la actualidad y si las consecuencias que ha tenido durante dos siglos no deben ser fuertemente impugnadas.

dios de los filósofos sino el dios de los cristianos. Cristianos de su época, que no cristianos de la actual. En efecto, es importante notar que la visión del hombre en relación con el Ser Supremo ha cambiado notablemente, y las reflexiones de Descartes al respecto vienen a confirmar este sentir.

Todo viene de Dios, intelecto perfecto (Descartes se olvida de la vulnerabilidad infantil predicada por Cristo para llegar a este Dios). Se establece entonces una relación inmediata con Dios y sólo con él en el plan de la inteligencia. Además, ya que fue definido como perfecto, este Dios no le ha dado “ninguna facultad para equivocarse”. La certeza, luego, depende de Dios en forma absoluta. Sin la aceptación del origen de la exactitud de sus pensamientos que está en Dios, que no puede equivocarse o engañar, “es imposible considerar como cierta cosa alguna” (tercera meditación).

¡Cuán lejos estamos de la visión actual del hombre y del cosmos en general liberados de Dios y que contienen en sí las reglas y las potencias de su desarrollo!

2.3.1. *Escolio*

El método seguido es el del análisis aparentemente estricto. Atreverse a negar hasta las verdades matemáticas es propio de una metodología atrevida y potente. Sin embargo, si el análisis se limita a un aspecto de la persona, en este caso los movimientos de la inteligencia, no es fácil aceptar la validez de este método. Probablemente debamos hacer justicia al hombre en su época en la que la psicopatología no tenía ninguna voz en el concierto de las ciencias. No quita que nuestra visión de hoy debe delimitar claramente hasta donde este pensamiento elaborado en el siglo XVII tiene vigencia en la actualidad y si las consecuencias que ha tenido durante dos siglos no deben ser fuertemente impugnadas.

Hasta qué punto esta disociación de cuerpo y espíritu tan nefasta para las consecuencias éticas que lleva puede considerarse eficaz para la elaboración mental de la que se trata. Es esta, de nuevo, la inquietud que preside este trabajo.

3. Segunda parte

3.1. Donde Descartes sufre muchas confusiones que lo salvan de las críticas antes mencionadas

3.1.1. Primera confusión: inteligencia e imaginación

En la tercera meditación afirma: “algunos de mis pensamientos son como las imágenes de las cosas y a éstas conviene el nombre de idea”. De entrada vemos que no hablamos el mismo lenguaje. Felizmente. Pero esta situación complica el entendimiento del pensamiento del autor. En efecto, sabemos que la operación de la mente que llamamos abstracción pierde contacto con las imágenes a medida que va avanzando en su trabajo. El fruto de la abstracción es la idea o el concepto. La comunicación entre los pensadores en este momento es posible solamente por el entendimiento de las palabras o términos utilizados. La imagen ya no es posible. Sin embargo, Descartes parece utilizar la imagen para llegar a conclusiones que para nosotros relevan la más alta abstracción: las cualidades de Dios, por ejemplo.

En esta misma meditación, al reflexionar sobre su visión o captación del Sol, comunica sus dos ideas al respecto. La primera, captada por sus sentidos, es la que el Sol es muy pequeño; la otra, proveniente de sus estudios de astronomía, es que el Sol parece muy grande. En ninguno de los dos casos podemos hablar en el sentido estricto que rige nuestra lógica de ideas. En ambos, en efecto, manejamos las imágenes.

Igualmente y siguiendo su meditación sobre las cualidades de Dios, dice: “nada podemos imaginar más perfecto”. En un contexto de análisis sobre el ser, es poco aceptable introducir un elemento de imaginación. Acaso no es esta la refutación más sencilla al argumento de san Anselmo sobre la prueba de la existencia de Dios, por otra parte tomada casi integralmente por Descartes. Si no pudo dilucidar la falla de la mencionada prueba, una vez más notamos que la confusión entre ambas facultades es honda.

En la sexta meditación hace varias aclaraciones sobre la distinción entre imaginar y pensar. Si a pesar de tomar conciencia de la existencia de tal distinción Descartes mantiene su aparente confusión de las meditaciones anteriores, eso nos conduce a confirmar la opinión antes mencionada: Descartes no es aquel que han hecho pasar por puro intelecto como perfección del ser humano. Necesita la aparente confusión para sus demostraciones, pero es capaz de

distinguir una de otra las facultades de su mente. Sabe perfectamente bien que no puede ser pura inteligencia observadora desencarnada del acontecer exterior a ella. Conoce su riqueza como ser social alimentado por una cultura ambiente y una cálida educación.

3.1.2. Segunda confusión: inteligencia y sentimientos

Para ligar este análisis con el anterior, tomaremos una cita en la que ambos errores se conjugan: “esos modos de pensar que yo llamo sentimientos e imágenes”. El sentir ya es un paso más adelante en el estudio de las potencias del hombre. Si la imaginación aún podía confundirse en un nivel elemental con el pensamiento por su carácter etéreo, en el ámbito de sentimientos las afirmaciones se vuelven inaceptables. Ligado al sentimiento, a veces a la imaginación, se produce en el cuerpo, hablando de las células y de las glándulas, un efecto detectable sin necesidad de estudios de fisiología. Queda entonces en suspenso la pregunta de por qué Descartes incurre en esta confusión tan grosera para un pensador tan incisivo.

No es una confusión ocasional o única. Está reforzada en varias ocasiones: “lo que en mí se llama sentir, lo cual equivale a pensar” (segunda meditación). Llega a extremos de dar mayor importancia a los mismos sentimientos contra los juicios de los que duda.

“En ellos [los juicios] hemos de tener mucho cuidado para no equivocarnos”. Va más lejos, aun cuando considera con mayor seguridad las afecciones que los mismos juicios: “Tampoco encontramos falsedad en las afecciones o voliciones”. Y ya que llegamos a las voliciones, notamos también la confusión entre inteligencia y voluntad. Pero antes de enfrentarla, descubrimos anexa a la confusión entre inteligencia y sentimientos esta otra entre percepción e inteligencia.

Cuando compara el conocimiento de los triángulos (quinta meditación) con el de Dios, encontramos también una confusión interesante y algo distinta de las anteriores. Su mente trabaja en la demostración de las propiedades geométricas, y como su entrenamiento en esta ciencia es vasto, considera con facilidad que sin grandes esfuerzos se llega a la idea clara de estas características. Dicho sea de paso, la experiencia nos enseña que el teorema de Pitágoras –el cuadrado de la hipotenusa– sigue siendo hoy como ayer un notable obstáculo para los estudiantes de matemáticas. Por otra parte, el conocimiento de Dios adquirido por una educación religiosa estricta también se torna fácil de aceptar (o

El *cogito*, acto del intelecto, centro del pensamiento de Descartes, no teme tomarse como mero acto intelectual sino como un poseer de la conciencia.

demostrar). En ambos casos las ideas claras resultan ser ideas introducidas por la educación o los estudios anteriores, o como diría la psicología de la profundidad, son un súper yo.

No todo es negación. Reconoce al cuerpo cierta validez e influencia. Eso nos anima a seguir investigando y entender lo que realmente piensa y siente el filósofo. “Todo lo que hasta ahora he tenido por verdadero y cierto ha llegado a mí por los sentidos”. Aun si esta afirmación no revela ninguna novedad (es el *nihil in intellectu* de santo Tomás), apreciamos que el hombre que ha negado tanto la participación de sus sentidos, y que más aún los ha tildado de obstáculos, ahora les concede un papel positivo como intermediarios para el descubrimiento de la verdad.

Su afán de dar primacía absoluta a la inteligencia, o a la facultad de concebir pensamientos lo conduce a esta equivalencia: mi pensar es igual a mi existir; más aún, mi pensar sostiene mi existir.

También reconoce sus debilidades como hombre total. Ya no es este “espíritu puro” no alcanzado por las “sensaciones”. En efecto: “cierta pereza me invade, confía, yo caigo de nuevo en mis antiguas ideas”. “Las ideas que tengo del calor y del frío”: ya está el hombre completo reestablecido en su integridad. Es afectado por la temperatura, por el cansancio, y necesita los sentidos para llegar a las ideas.

Ya adelantados como estamos, corregimos también la definición que condujo al dualismo antes criticado. “No sólo habito mi cuerpo sino que estoy unido a él tan estrechamente y de tal modo confundido y mezclado con mi cuerpo que componemos un todo (sexta meditación). Felizmente, y no podía esperarse menos de una inteligencia tan brillante, Descartes reconoce la necesidad que tiene el espíritu del cuerpo y viceversa, por supuesto llevando hasta el final el raciocinio; de esta resulta mayor toma punto de partida: ya no probaríamos la inmortalidad del alma sin antes analizar más detenidamente ¿qué es? el cuerpo.

Los comentaristas reconocen además que el *cogito*, acto del intelecto, centro del pensamiento de Descartes, no teme tomarse como mero acto intelectual sino como un poseer de la conciencia. Esto abre aún más la visión sobre la personalidad de este hombre abstruso. La conciencia es más que una facultad en el sentido tradicional de la palabra, es la conjugación de varias de ellas. Ahí se encuentran los valores, las ideas, los sentimientos y el poder de juicio y de decisión. Por eso podrá decir “la voluntad afirma o niega” (cuarta meditación). De nuevo, aunque nuestro punto de

vista sea diferente, ya entendemos por qué se permite aseverar así lo que no aceptaríamos.

Es el hombre global quien actúa en este quehacer llamado intempestivamente “intelectual”.

3.1.3. Tercera confusión: inteligencia y voluntad

“En este género de pensamientos unos se llaman voliciones o afecciones y los otros juicios”. De acuerdo con este planteamiento, la voluntad produce ideas. Sabemos que las distinciones clásicas de las facultades indicaban como fruto de la inteligencia la idea, y como fruto de la voluntad, la tensión hacia el bien correspondiente a la verdad.

“Es la misma facultad la que conduce a la verdad y la que conduce al bien”, declara enfáticamente para que no haya duda respecto a su posición en cuanto se trate de definiciones de facultades.

El error del cartesianismo, y adelante una conclusión, ha sido tomar los términos del maestro en un sentido que no tenían. Está claro que las confusiones hasta ahora indicadas previenen de

interpretaciones a la moderna de textos redactados en uso del idioma muy diferente al nuestro. Considero que estamos aquí frente a la situación similar que sucedió con la escolástica. Los epígonos no respetan a su guía sino que hacen decir a los textos lo que no dicen. Es por consiguiente aterrador pensar que toda una cultura pueda estar marcada por una mala interpretación del pensador cuyo método, en este caso, no puede ser tomado más allá de lo que es, y menos transformado en un pensamiento, llamémosle ontológico, ya que conduce a una ética, si no es que sólo una gramática del pensar correctamente.

Pensar es, en efecto, para Descartes, muchas otras cosas y no elaborar ideas o conceptos como nuestra filosofía actual lo pretende. ¿Y qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente” (segunda meditación). Con esta acepción liberamos a su autor de toda imposición de una manera de pensar tan fría como la imaginábamos en el principio. Ya no hay tal aislamiento del hombre en su torre de marfil, ya no hay tal disección, ni tal alejamiento de la realidad. Todo el hombre actúa y elabora. Y si aparentemente y en algunas ocasiones, artificialmente y más como juego de palabras que como realidad, dice que se aparta de los sentidos, debemos reconocer que finalmente el sentir está presente. La relación con Dios es otra faceta de la misma interpretación. Descartes, hombre eminentemente religioso, no ha logrado en ningún momento abstraer su relación con el Ser Supremo que conocía a través de su educación familiar y escolar. Y como

tampoco se aleja de los sentimientos, siempre presentes, tampoco se aleja del Dios que ama.

3.2. *¿De qué Dios habla Descartes?*

En este capítulo de reivindicación de las cualidades humanas del Descartes que se revela en sus meditaciones, más allá de la interpretación nefasta que de su modo de pensar se hizo, toca considerar igualmente el lugar de su Dios.

“Si quiere le es fácil hacer que yo me equivoque” (tercera medición). Extraño pensamiento. No es fácil aceptar que los jesuitas de La Flèche le hubieran enseñado un Dios cuya intromisión en la vida del hombre pudiera llegar a reducir o hasta suprimir la libertad, primer don del ser humano.

Hace pensar que aquí también no encontramos al hombre Descartes sino una manifestación artificiosamente equivocada o engañada. Para llegar a un raciocinio válido recurre a este subterfugio, con la idea de que el lector lo tomará como elemento en el juego de sus deducciones.

A esta primera imagen contrapone otra diametralmente opuesta en relación con el mismo Dios: “ese Dios no podrá hacer que yo no sea nada mientras pienso ser algo” (tercera medición). Cuando anteriormente otorga a Dios intervenir en nuestra misma libertad, ahora le niega la posibilidad de hacer que deje de ser. Su afán de dar primacía absoluta a la inteligencia, o a la facultad de concebir pensamientos, lo conduce a esta equivalencia: mi pensar es igual a mi existir; más aún, mi pensar sostiene mi existir. En efecto, una cosa es reconocer la existencia mediante el pensar, raciocinio válido siempre y cuando se demuestre antes la relación entre el existir y el pensar; otra es el hacer depender el existir del pensar, que es una conversión atrevida de los juicios.

En su quinta meditación dirá que el pensamiento no impone ninguna necesidad a las cosas. Flagrante contradicción con la definición básica de su filosofía. Logra salir de ella en el mismo párrafo aquí citado. Lo que se impone finalmente es la existencia conjunta de lo inseparable: en el ejemplo de la montaña y del valle, Dios y su existencia, y antes, su pensamiento y su ser. Imposición que no es de su espíritu sino de las mismas cosas.

De nuevo nos encontramos frente a una aseveración difícil de sostener en cuanto al mismo *cogito*. Da, en este caso, una importancia a la inteligencia que no sería aceptable si no insistimos en aclarar que es toda la conciencia la que actúa y, por ende, los sentidos que la alimentan. Así sí podemos reconocer la relación impuesta entre el *cogito* y el ser.

“Las verdaderas ideas son las que nacen con el hombre”. La psicología no revela aun si existen arquetipos totalmente independientes de la cultura; Descartes parece afirmarlo: esta posición merece crítica. Nuestra reflexión sobre su persona-

lidad nos lleva a pensar que las influencias, en este caso religiosas, han sido tales que parecería que su conocimiento de Dios es anterior a su cultura. Si hoy por hoy calificáramos esta opinión de ingenua, nos permite pensar una vez más que Descartes no era este hombre resecaado por la introversión intelectual, sino que vibraba en él toda una vivencia cultural que enriquece considerablemente su imagen.

Y regresamos a Dios. Este Dios responde a las necesidades reconocidas en sus limitaciones. Necesita de una causa exterior a sí mismo para generar ideas. “Si no han sido puestas por una causa...” (tercera medición). Duda de su propia capacidad, y aunque le dé mucho valor a su intelecto, conoce que es hombre.

Conclusión

Si es cierto que Descartes fue y es para muchos aun un maestro de pensar, no puede considerársele así sin matices o crítica permanente. Es más el daño que el provecho que puede obtenerse de su modo de ver las cosas. Reconozcamos de todas formas que el método puede utilizarse y ha sido reutilizado por Husserl, aunque las conclusiones del uno sean distintas en su calidad de las del otro. La disciplina que encierra es apreciable y vale la pena tomarla en consideración en un momento en que el eclecticismo filosófico se impone.

Pero al indicar con un dedo condenatorio a un hombre de la valía de Descartes, me encuentro frente al vacío y a la ausencia. ¿Dónde estará el maestro que orientará nuestra marcha hacia la verdad? Carente está la cultura occidental de tal prócer de la inteligencia. ¿Habremos llegado a la madurez intelectual o cultural que nos permita definir solos, cada uno en su pequeño círculo, las metas por alcanzar? ¿No estamos cayendo así en un individualismo que es aislamiento del devenir de la humanidad o que es una sutil masificación de un sistema filosófico-social del provecho material?

Aterrador es el pensamiento, pero fecundo: propicia la necesidad de mayor búsqueda.

La reflexión final sobre el hombre Descartes es una toma de conciencia de la calidad de este hombre que supo dotar a un pueblo de una fuerte herramienta de acción. Su pensamiento no se quedó en lucubraciones abstractas y bellas elaboraciones de la mente, sino que desembocó en una educación de la inteligencia de varias generaciones, inteligencias que produjeron un arte y una política, pero también una técnica y varias guerras.

No vemos en este inicio de siglo a ningún pensador que logre el mismo éxito pero con frutos más favorables al desarrollo de la humanidad.